

La violencia

Cuando pienso en la palabra “violencia”, una infinidad de imágenes asaltan mi mente; y es que nuestro día a día está rodeado de violencia. Somos testigos de ella en el colegio, en la calle e incluso en nuestras propias casas. Y, por si fuera poco, los medios de comunicación se encargan de transmitirnos los actos violentos de los que no somos testigos. Cada día, los leemos en los periódicos, los escuchamos en la radio y los vemos en los telediarios, películas y series de televisión.

De ahí que mi primera pregunta, y la más obvia, sea: ¿por qué existe la violencia? El sociólogo norteamericano C.W.Mills defiende que la violencia es el último género de poder. Siguiendo la definición de poder del filósofo Max Weber, según la cuál el poder radica en imponer la voluntad de uno mismo frente a la de los demás, he llegado a la conclusión de que, al contrario de lo defendido por Mills, el origen de toda violencia es la búsqueda de poder, es decir, la violencia es el primer género de poder. Desde las peleas de bares hasta las absurdas guerras por el control de cualquier cosa que el hombre haya decidido estar en derecho de controlar, la violencia ha sido la principal vía de obtención de poder. Cuando un individuo ejerce violencia contra otro, consciente o inconscientemente, busca su dominación, tener control sobre él. En cuanto a las guerras y genocidios, no son más que el producto de la desmedida ambición de poder del hombre, que nunca está satisfecho con lo que tiene. De modo que la violencia existe por la necesidad de poder del ser humano.

La segunda pregunta que me viene a la cabeza ha sido quizá la más debatida acerca de la violencia en la historia de la filosofía: ¿es la violencia algo aprendido culturalmente o es algo inherente al ser humano? Al reflexionar sobre este trabajo, me he dado cuenta de que me lo estaba planteando desde el punto de vista pesimista de que la violencia es algo no sólo propio, sino distintivo del ser humano. Sin embargo, podemos observar que algunas sociedades son más violentas que otras. Si la violencia fuera algo innato, todas las sociedades serían igualmente violentas. Entonces, ¿la violencia se aprende? Opino que todo ser humano, o casi todo, por no caer en la trampa de la generalización indebida, tiene un lado oscuro, una parte violenta. Creo que una gran parte de la humanidad ha sentido alguna vez en sus carnes cierta sensación de rabia asesina relacionada con cierta necesidad de arrancar cabezas. Si, aun habiéndome criado en un medio que se puede considerar no violento, he experimentado esta sensación, ¿eso

me convierte en una persona violenta? La respuesta la encuentro en una frase del filósofo y escritor José Sanmartín: “El agresivo nace, el violento se hace”. La agresividad es la tendencia a actuar o responder violentamente. En mi opinión, el ser humano es agresivo por naturaleza. Además, necesita serlo, como cualquier animal, para defenderse a sí mismo y lo que es suyo. Sin embargo, lo que nos diferencia de cualquier animal, es que poseemos la capacidad de razonar y, por lo tanto, de controlar, que no reprimir, nuestros instintos. Si bien la agresividad es instintiva, se puede educar al individuo a no dejarse llevar por ella. Por tanto, la violencia nace de la potenciación o el descontrol de la agresividad.

Pero, ¿cómo educar a un individuo para que no sea violento? Parte de esta educación consiste en la concepción de la violencia como algo negativo. Pero, ¿por qué ha de ser la violencia algo negativo? ¿Por qué yo concibo la violencia como algo negativo? Por una única razón: la empatía. La empatía consiste no sólo en ponerse en la piel de otro, sino en la capacidad que tenemos de saber con seguridad, cuando tenemos noticia de un hecho violento, que no queremos experimentar lo que una víctima de la violencia ha sentido. De modo que la concepción de la violencia como algo negativo se basa en el famoso principio de “si no eres capaz de ponerte en su pellejo, al menos trata a los demás como quieras que te traten”. La otra parte de la educación de un individuo en una vida no violenta consiste en educarlo en un medio no violento. ¿Por qué? Pues bien, porque si un individuo crece en una sociedad en la que la violencia es el pan de cada día, acaba viéndola como algo normal. No es que carezca de empatía, es que, simplemente, cuando ve a una víctima, solo piensa: “pobrecito, dios te odia, pero tranquilo, que no puedes hacer nada”. Algo parecido ocurre con la avalancha de noticias relacionadas con muertes violentas que nos inunda cotidianamente. A todas horas oímos que tantas mujeres han muerto ya este año a causa de la violencia machista, que tantas víctimas se suman a las cifras de muertos en cualquier país que se encuentra demasiado lejos como para pensar en él. Cada vez se hace más difícil pensar en esas víctimas como personas, y no como cifras.

Dejando atrás el terreno de la antropología e internándonos en el terreno moral, otra de las grandes cuestiones en torno a la violencia es si está justificada en algún caso. Mi primera respuesta automática es que no. Ahora bien, si anteriormente he defendido que el ser humano es agresivo porque necesita defenderse y defender lo que es suyo, resulta lógico pensar que, si lo atacan, se defenderá. ¿Cómo? Con violencia. Según el

poeta italiano Arturo Graf, “la violencia no es sino una expresión del miedo”. Si aplicamos a “miedo” en esa frase el significado de temor por la propia seguridad, es seguro que el hombre actuará como cualquier animal amenazado: atacando. De ahí la frase “la violencia engendra violencia”. Aún así, ¿es moralmente correcto usar la violencia en defensa propia? Bueno, no será moralmente correcto, pero sí instintivamente correcto; y es que hay instintos, como el de supervivencia, a los que la moral no puede vencer. Por tanto, el único caso en el que la violencia estaría justificada, sería en el de la autodefensa.

Pero, si afirmo que yo sólo creo justificable el uso de violencia en defensa propia, ¿es legítimo el uso de violencia por parte de las fuerzas del orden de un Estado? Para contestar a esta pregunta, primero he de aclarar que existe una pequeña diferencia, un matiz, entre “justificado” y “legítimo”. La RAE define el primero como “conforme a la justicia y razón”; y el segundo como “conforme con las leyes”. Por lo tanto, la principal diferencia radica en el tipo de justicia al que hacen referencia. Algo legítimo es justo porque se atiene a las leyes del derecho positivo establecidas por el hombre, mientras que a, “conforme a la justicia y razón”, se le puede aplicar un sentido más amplio, ya que alude al derecho natural de todo ser humano, que tiene por el simple hecho de serlo. Actualmente y a lo largo de la historia, hay y ha habido muchos actos de violencia legítimos según el derecho positivo, pero atroces según el derecho natural. Por eso, aunque no es justo el uso de violencia por parte de un Estado, sí es legítimo, en cuanto a que el Estado es el encargado de mantener el orden en su territorio y, a veces, es necesario el uso de violencia, aunque estableciendo una gran diferencia entre la violencia que es “necesaria” y la violencia “gratuita”. En mi opinión, lo ideal sería que las fuerzas del orden de un Estado se limitaran a contener los brotes de violencia, a pararlos, pero, dado que estas fuerzas también se componen de humanos, es normal que actúen con violencia si violencia reciben.

Al principio de este escrito he afirmado que nuestra vida está rodeada de violencia, entonces, ¿es la época en que vivimos más violenta que épocas pasadas? La respuesta más sensata sería decir que no tengo modo de saberlo, puesto que esta es la época que me ha tocado vivir y no puedo establecer comparaciones con otras. Sin embargo, me atrevo a afirmar que no creo que haya más violencia en la actualidad, simplemente, ahora hay más información y documentación. La humanidad ha sido siempre igual de violenta. La única diferencia es que, en épocas pasadas, el maltrato de

individuos cuyo único valor era el de siervos o mano de obra no tenía ninguna importancia, e incluso era visto como algo normal, con lo que a uno le tocaba vivir. Sin embargo, la concepción occidental del ser humano como individuo libre y con derechos que trajo la Modernidad y desarrolló la Ilustración ha jugado un papel importante en el rechazo y la condena de la violencia, especialmente a partir de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. De ahí que sucesos violentos tengan tanta repercusión mediática, ya que una gran mayoría los condena, pero tan poca repercusión social real, ya que casi nadie hace nada para remediarlos.

Por último, me gustaría reflexionar sobre una cita del filósofo francés Jean-Paul Sartre, que profundizó mucho en el tema de la violencia humana: “la libertad es lo que haces con lo que te han hecho”. Esta frase me parece especialmente significativa en el campo de la justicia, porque me hace preguntarme ¿es lícito ejercer violencia como castigo contra la violencia que ha sido ejercida contra ti mismo? Podría tratar de contestar objetivamente, pero sé qué es lo que me gustaría hacer a mí con un individuo que ha ejercido violencia contra mi persona o alguien que me importa. Querría aplicarle la antiquísima máxima de “ojo por ojo y diente por diente”. En mi opinión, cualquier persona que ejerce violencia sistemática contra otra, pierde su condición de ser humano, y con ello, sus Derechos Humanos. Por tanto, sería lícito castigarle de la misma forma. Ahora bien, si yo llevara a cabo ese castigo, estaría perdiendo también mi condición de humana. En consecuencia, no creo que sea justo ejercer violencia en respuesta a la violencia, no porque me preocupen los derechos del otro, sino porque me preocupa mi propia condición de persona. Además, como dijo Gandhi, “ojo por ojo, y todo el mundo acabará ciego”.

En conclusión, para mí la violencia es un intento de ejercer control sobre otros, descontrolando los propios instintos y reacciones o renunciando deliberadamente a la condición de “ser humano”, con razón y moral, de uno mismo. La violencia no se puede erradicar, pero se puede controlar, mediante una educación basada en el principio que defendía Sartre: “Mi libertad se termina donde empieza la de los demás.”